

// Minerva Dedalux
Seudónimo

Desde antes que se acabaran las clases definitivamente muchos de mis compañeros empezaron a trabajar como profesores de español como lengua extranjera. Lo sabía porque en las discusiones de Lingüística empezaban a aparecer casos particulares con sus propios estudiantes o porque algunos de ellos iban adquiriendo esas manías de profesor de llevar carpetas a todas partes o tener siempre a la mano un marcador borrable. Decidí aceptar una vacante en una escuela en Getsemaní porque se hacía insostenible el tiempo libre sin ganar dinero, y porque hasta el grado en agosto, son pocos los trabajos que en verdad llamasen mi atención. En la entrevista, pretérito imperfecto. Un fragmento de *La ciudad y los perros* (1962). El eco de una última entrevista en donde mencionaron que tenía que ser más creativa si quería tener conexión con los extranjeros porque a ellos no les gustaba leer. Más que el hecho de que no les gustaba leer, la sensación de preparar una clase al gusto de los estudiantes me recordó una de mis constantes quejas hacia este modelo de clases: la complacencia a un extranjero que llegaba con dólares a hacer derroche de privilegios. Incluso cuando no poseen el idioma para hacerlo. Una sola pregunta en la diferencia entre por y para. Responder de forma rápida lo primero que pasa por la mente, sin nunca antes haber pensado en esa diferencia, sin nunca antes haber pensado

siquiera en que ambas preposiciones estuvieran en una posibilidad de intercambio. Empezar la otra semana.

“Mi nombre es Mike y estoy aquí para dos semanas”. Entendí muy pronto que era un error constante. Estoy en mi primera clase con un profesor supervisándome. En mi mente voy pensando que su voz es muy parecida a la neutral voz mexicana con que doblan los animés en español. Me toca la parte de la explicación. En teoría, el método es muy sencillo. Tu función es hacer las explicaciones gramaticales que vayan surgiendo en clases mientras hablas muy lento y gesticulas mucho. Tres estadounidenses, tres brasileños y una japonesa. Trabajamos el subjuntivo, ese pequeña parte del español que nos ayuda a pensar siempre en una realidad virtual y que a pesar de distinguir mi forma de hablar aparece como el tema inexplicable, como si hiciera parte de su conjugación la inexistencia misma de una fórmula para entender su uso. He aprendido muchas cosas desde esa primera clase. De mí, más que del español. O quizás haya una redundancia al escribirlo así. Ante todo un ejercicio de humildad. Un mantra que hay que repetir muchas veces. No por saber mucho de literatura una puede creer que tiene manejada todas las áreas del lenguaje. No por saber mucho de literatura una puede creer que tiene manejada todas las áreas del lenguaje. Listo. El error del que tanto nos burlábamos con mis compañeros en los pasillos. Esa presunción de saberlo todo que caracteriza



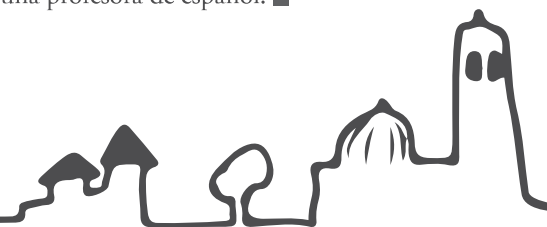
permitir menciones estereotipadas de las nacionalidades de sus estudiantes, sino que tiene que preparar un contexto en el que ellos puedan debatir y poner en cuestión la información que traen consigo y que vienen a aprender. Respiro, entonces, cuando al final de uno de los debates que propongo, un estudiante menciona “qué tema tan serio” (porque serio está más cerca de *serious* que serio). Allí sigue el profesor tomando partida de tantas perspectivas distintas: gramática y pedagogía, formas de viajar y formas de entender los mundos, uno distinto para cada uno.

En el ejercicio de humildad y paciencia, las clases de español también me han enseñado a escuchar. La calle se me presenta ahora de forma distinta. Mi silencio acompaña las bromas entre amigos, los insultos en la carretera, los adjetivos y los superlativos con un asombro que la cotidianidad ayuda a opacar. Yo también voy llenando mi propia lista de vocabulario. Analizando las fórmulas de mis papás en la casa. Pensando las razones de cada elección de palabra. Un profesor de español no habla español, lo enseña. Si asumiera que conoce su idioma no podría enseñarlo. El extrañamiento es la clave. Piensa como extranjero para anticipar las preguntas. Todo es nuevo en su oficio. Esa es la verdadera complicidad. La clave de que el estudiante no sienta ni tonta su pregunta, ni se sienta tonto él por no saber la respuesta. Sobre esto último quisiera decir que las clases de español han sido un gran entrenamiento para practicar una profesión a la que me quiero dedicar a largo plazo. Existe cierta valentía en pararse frente a una clase. Allí al lado del tablero me obligo a vencer muchos de mis impedimentos diarios: la inseguridad, la timidez, el socializar constante con muchas personas al tiempo. Pero también asumo que puedo ayudar o dificultar una práctica que es totalmente emocional. En mis clases intento que los estudiantes no empiecen o terminen una pregunta con “perdón por preguntar tanto”. ¿Qué clase de disculpa es esa? Caminando hacia casa pensaba que esa pregunta no es sólo de alguien que se frustra por no entender un idioma, y muchos sabemos qué humillante

puede ser no entender el inglés, sino que acompaña en general cualquier inquietud en una clase. Me vi a mí misma empezando mis preguntas en mis clases de la universidad con un “lo siento”. Vivimos en una sociedad en donde preguntar parece más una ofensa que una necesidad.

Llego a la escuela con mi termo en la mano. En la entrada me ofrecen café. Organizo las sillas del salón y escribo en el tablero la fecha y el tema del día. A veces me equivoco y ya estas alturas borro con la mano. Un pedazo del pasar del tiempo siempre se me queda en los dedos. Los estudiantes van llegando. Tratan de hallar alivio en el aire acondicionado. Hablamos de su día anterior. “Todo bueno, profesora”. Bien, pienso en mi mente, pero se ve tan feliz que escapo de las tentaciones de corregir todo el tiempo. Les reparto un texto que he traído sobre inventos colombianos. El que lee va siguiendo con su lapicero las líneas en los párrafos. Algunos subrayan, otros encierran palabras. Siempre, el estudiante que no encuentra con qué escribir. Preguntan. Respondo. Hago una broma para que despierten de a poco. Se ríen. La risa tampoco entiende de idiomas. Empiezo el tema del día y hacemos ejercicios en turnos. A veces quieren saber de mí. “No, nunca he salido con un estudiante”. Vuelven a reír. Les pregunto por sus países y sobre los demás porque a veces siento que hablan siempre en primera persona. Trato de que noten que las diferencias no siempre reflejan que hay un país superior a otro. Para muchos viajar es un sueño. Uno dice que quería escapar de su trabajo. Les gusta aprender cosas nuevas aunque a veces parezcan cansados. Van anotando lo que les parece útil. “Que todo es útil”, voy pensando. ¿Acaso no quieren aprender?, les recuerdo cuando empiezan a asumir sus posiciones privilegiadas. Suelen regresar pronto a la clase cuando introduzco un nuevo tema. Que no se preocupen, que todo es práctica. Sí, son muchos irregulares. No, a veces sólo es memoria. Tengan una linda tarde. No me gustan mucho las fiestas, chicos, pero gracias. Nos vemos mañana. Un día normal en la vida de una profesora de español. ■

spanish language
spanish music



SPANISH & MUSIC & FUN